

Cuadernillos de Poesía Colombiana

21

Los Poetas de la Colonia

Ediciones de la Revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

Itinerario de la Poesía Colombiana Durante la Colonia

El canto colombiano ofrece al ojo investigador más o menos las mismas sinuosidades que la poesía española, por haber seguido en su crecimiento idénticas peripecias e idénticas reacciones, no en cuanto al contenido emocional sino en cuanto a la forma, en cuanto al vaso de la inspiración poética. Y es natural que los poetas de la tierra nueva, que primero se miraron en el espejo castellano porque en el bagaje recibido de España estuvo, antes que todo, la manera del canto, es natural que esos poetas americanos padecieran sismos y cataclismos psíquicos de todo en todo con los que estremecían el latido de la vena de España. En el tiempo esas reacciones se operaban en veces tardíamente en América, porque no alcanzaban a llegar a prisa al continente y porque una vez desembarcados en tierra firme necesitaban tramos prudenciales para proyectarse y encarnarse en la carne del poeta.

Cuando en España se estaba cancelando ya la batalla gongorista y cuando los románticos, luego de la reyerta pseudoclásica, comenzaban en tierra española la cruzada lírica que se había iniciado desde Alemania, en América apenas se hablaba, y eso confidencialmente, del gongorismo, si bien con insular excepción de la poesía colombiana, porque en Colombia esos sucesos sí coincidieron, aún en el tiempo, con los de España. El doctor Hernando Domínguez Camargo, apenas transcurridas unas cuantas décadas, escribía en Bogotá versos de trémula belleza que pueden aparearse en franca lid con los del mismísimo Góngora, sin que hubieran mediados disturbios líricos, ni adoctrinamientos escolares, espontáneamente. Cómo pudo recibirse y asimilarse tan cabalmente la geometría gongorina en un medio que si había cantado en octosílabos, que si había suscitado enfermizas querellas literarias y hasta promovido concursos literarios, todavía estaba en los primeros ciclos de su formación, hablando con las primeras palabras y gesticulando con los primeros gestos. Tal vez en la tupidez del flujo lírico de las gentes del trópico y en la despierta capacidad asimilativa de los americanos, está la raíz de la comprensión por la difícil arquitectura de Góngora. Y talvez, también, en la posición potencial ante la poesía, en el aire, en el paisaje en combustión, en los cielos inflamados, en la tierra húmeda que huele a mujer, en la selvática gritería de los racimos que —todo eso— es la poesía en espera del labio que la module y la rescate a los planos lógicos de la construcción metafórica.

Actividad en el canto, zozobra lírica, revuelto vaivén literario, remolino y turbión críticos, hubo en el tramo cronológico del descubrimiento de las tierras que habían de ser Colombia y los días ini-

ciales del instante de independencia. Este período de tres siglos que es calificado de oscuro por los historiadores, talvez porque no aparecen nutridos almanaques biográficos, porque los nombres de relieve apenas son para contados en los dedos de la mano. Lo cual no implica que en ese espacio —1500, 1800— no hubiera habido otra cosa que ensayos y experimentos de laboratorio, sin significado en la historia literaria de Colombia, como lo creen entre otros el sacerdote Ortega Torres, académico de la lengua, quien en voluminosa obra pasa casi de largo sobre los escritores de la colonia, como si nada valiera la poesía iluminada de Domínguez Camargo, la picaresca de Alvarez de Velasco, la enamorada de la Madre del Castillo, la culpida de Vélez Ladrón de Guevara. De las revueltas e inquietudes literarias, habla bien claro un relato histórico que recuerda las discusiones de don Juan de Castellanos con el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, sobre retórica, a mediados del siglo diez y seis; en tanto que por los mismos días los españoles Miguel de Espejo, Gaspar de Berrío y Cristóbal de León, y el colombiano Sebastián García —primer sonetista de tierra firme— descuajaban el paisaje para consolidar el imperio del soneto.

Para hoy hemos regresado, haciendo bisera sobre los ojos con el lino histórico, a los hitos iniciales de evasión hacia la metáfora inteligencial de Góngora, luego de haber sollozado y de habernos atribulado por varios siglos con los románticos que en Colombia tuvieron sus más tenaces cuanto leales gerentes en Luis Vargas Tejada, José Fernández Madrid y Antonio Nariño, en los comienzos del siglo diez y nueve, y más luego en otros cuya enumeración sería interminable. Sólo que todavía no se ha logrado la afirmación de una responsabilidad histórica en aquellos que recibieron la empresa de la reencarnación gongorista, porque o no se ha entendido el contenido filosófico de la añeja y remozada manera o se la ha entendido mal, que es peor porque revienta en más graves errores y en adefesios de más carnadura. Pero lo que he querido proporcionalar al lector de la América es la rauda visión de un paisaje lírico sin colonizar en la historia literaria de Colombia, un bordón imantado que lo oriente en el conocimiento del canto de esta "tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena", que dijera Juan de Castellanos. No me mojaré en el común yerro de empradizar una poesía como se acostumbra por los agentes viajeros de linajes literarios. Bástele al lector conocer este mensaje poético de Hernando Domínguez Camargo, Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, Antonio Vélez Ladrón de Guevara, Juan de Castellanos, Baltazar de Jodar y San Martín, Sebastián García y otros remotos colombianos que festejaron el canto en su canto. No hay para qué recontar las proezas de estos, que no fueron muchas; ni para qué reconstruir sus siluetas biográficas, que sería oficio de culinaria biográfica, porque casi todos ellos anduvieron sobrado ocupados en sus faenas domésticas para tener un rato de meterse en otras obras que el poema.

Para otra excursión a estos ardidos y tostados territorios poéticos quedará la presentación de la vida, obra y milagros de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción del Castillo, par en muchos títulos de Santa Teresa de Jesús y maestra de otras clarísimas mujeres de América, amanecidas para el canto a la sombra de los enamorados afectos de la Madre del Castillo.

BELISARIO BETANCUR.

SEBASTIAN GARCIA

ELOGIO DEL HISTORIADOR

A don Juan de Castellanos

A todas gentes es cosa notoria
Deberse galardón a hechos buenos;
Y yo creo que no se debe menos
A quien los comunica por la Historia.

Pues valen lo que vale la memoria
Que luz sacó de los oscuros senos;
Luego quien ambos cursos hizo llenos
Terná según razón doblada gloria.

Tener en escribir ingenio y arte,
Y en las conquistas hechos no livianos,
Partes son en quien pocos tienen parte.

Mas abrazólas ambas Castellanos.
Pues sabemos que en uno y otro Marte
Ha meneado bien entre ambas manos.

FRANCISCO DE LA TORRE ESCOBAR

SONETO

Al Capitán Bernardo de Vargas

El español que halló la nueva tierra,
tras larga mar, tras larga desventura,
gozó del oro que la tierra dura
en sus entrañas escondido encierra.

Y si del vulgo la opinión no yerra,
ensalzando de Cristo la fé pura
venció tras el despojo que asegura
la más dudosa y más difícil guerra.

Vos solo, a quien tocó la mejor parte
deste triunfo inmortal, muestra habéis hecho
que fue vuestro despojo este tesoro,

aquí nos dais del conquistar el arte
virtud que en un hidalgo honrado pecho
se estima mucho más que plata y oro.

BALTAZAR DE JODAR Y SAN MARTIN

SONETO

A su Hermano

De alisos y de sauces coronado
Cuanto un tiempo corriente detenido,
A pesar de las ondas del olvido
A Fucha miro en perlas dilatado.

Que en líneas de cristal va desatado
Llevando en riza plata ya esculpido
Tu nombre, Pedro, culto merecido
De haber a Bernardino celebrado.

Dichoso tú, su ya honrosa frente
Coronada se mira ya con flores
Por haber celebrado con dulzura

La vida de este príncipe excelente,
Dete tu patria, pues, graves loores,
Por haberla exaltado a tánta altura.

JUAN DE CASTELLANOS

EPISODIO DEL PORTUGUES

Y pues pintamos indios fugitivos,
Quiero decir de cierto lusitano
Una maña donosa muy reída,
Que para huír tuvo su querida.

Era india bozal, más bien dispuesta;
Y el portugués, que mucho la quería,
Con deseo de vella más honesta
Vistióle una camisa que tenía;
Hízola baptizar, y con gran fiesta
Debió celebrar bodas aquel día;
Que en entradas vergüenzas se descarga
Para poder correr a rienda larga.

Estaba en la sabana de buen techo
y llegada la noche muy oscura,
El portugués juntóla con su pecho
Para poder tenella más segura:

Ambos dormían en pendiente lecho,
Según uso en aquella coyuntura:
Fingió la india con intento vario
Ir a hacer un negocio necesario.

Levantóse del lusitano lado
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india, con cuidado
De mirar si á más lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado,
Viendo que la camisa blanqueaba.
La india luego que la tierra pisa
Quitóse prestamente la camisa.

Y al punto la colgó de cierta rama
Por cebo de la bana confianza;
Aprestó luego más veloz que gama
Con el traje que fue de su crianza;
El pensaba lo blanco ser la dama,
Mas pareciendo mal tanta tardanza
Le decía: “vén ya, miña Tereya,
A os brazos do galán que te deseaya”.

Y también “miña Dafne” le decía
Teniéndose quizá por Dios Apolo;
Y agora no lo fué, por no vía
A la que lo dejaba para tolo;
Extenderá los rayos con el día
Para que pueda ver el rastro solo:
Que agora tan nuble se le pega
Como a los moradores de Noruega.

Faltó también la lumbre de la hermana
Que fue para su Dafne gran seguro,
Quiero decir la lumbre de Diana,
Que suele deshacer lo más oscuro:
No se tornó laurel, tornóse rana,
Por ser también el agua de su juro,
Y ser la ligereza de la perra
No menos en el agua que en la tierra.

Viendo no reponder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brío,
Diciendo: "Cuidas tú que naon te vejo?
Véjote muito bien per ó atavío".
Echóle mano, mas halló el pellejo
De la querida carne ya vacío.
Tornóse, pues, con sola la camisa
Y más lleno de lloro que de risa.

HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO

EL AGASAJO CON QUE CARTAGENA RECIBE A LOS QUE VIENEN DE ESPAÑA

Esta mal de la tierra descarnada,
Si con poca bisagra bien unida,
Esta mal en las ondas embarcada
Si bien de sus impulsos repetida:
Península Cartago, que ha que nada
Foca de arena, siglos mil de vida,
A uno, y otro Jonás, que el mar le induce,
A Nínives de plata los traduce.

Esta de nuestra América pupila,
De salebrosas lágrimas bañada,
Que al mar las bebe, al mar se las destila
De un párpado de piedra bien cerrada:
Digo de un Metro Real, que recopila
En su niñeta breve dilatada,
Babilonia de pueblos, tan sin cuento,
Que les ignora el sol su nacimiento.

Esta, sedienta imán de inquietos mares.
Esta pina de excelsos edificios,
Consagra a la piedad cultos altares,
Para librar en todos sacrificios
A los que Europa trasladó a sus lares,
A los que en trechos recibió propicios,
Que sorbidos de hidrópicas marinas
A sus templos consagran sus ruinas.

Esta, blanco pequeño de ambos mundos,
De veleras saetas asestado,
Que vencidos los mares iracundos,
A su puerto su proa han destinado;
Do de Europa, de América fecundos
Partos le expone aquel, este costado,
Que al Sur remite, al Norte le desata
La plata en ropas, y la ropa en plata.

Esta en la selva de sus techos rica,
Uno, y otro ciprés de piedra erige,
En una, y otra torre, que edifica,
Norte, que mudo los abetos rige:
Argos ésta a sus cumbres se dedica,
Y linceos ojos a la mar dirige,
Por albergarlos en sus ojos antes,
Aun en poder del mar aun cuando errantes.

Esta, pues, Cartagena, esta varada
Nao de piedra, en la tierra, cuya popa
Templo a la Virgen se erigió sagrada,
Timón dedica un cirio a errante tropa:
Que de argonauta mudo voz callada
Ecos oye de luz, en los que Europa
Faroles le responde, con que luego
Mudos se hablan con la voz de fuego.

Esta, pues, monte verde Polifemo,
Que ilustran los espacios de su frente
De un ojo de un farol, así supremo,
Que es mucha llama su pupila ardiente:

Su pie le da a besar a cuanto el remo
Desde las naos le aborta hesperia gente,
En hormigas de pino, en las barquillas,
Que de españoles pueblan las orillas.

Estos su patria no extrañan suelo
En tan pequeño sitio, en tanto cielo,
En ésta, que es común patria del orbe,
Que sin que inmenso número le estorbe
Multitudes alienta su desvelo,
Millones su piedad de pueblo sorbe,
Pues firmamento ya del suelo medra
El que ciñe Zodiaco de piedra.

A GUATAVITA

Una iglesia con talle de mezquita,
Lagarto fabricado de terrones,
Un linaje fecundo de Garzones,
Que al mundo, al diablo y a la carne ahíta,

Un mentir a lo pulpo, sin pepita,
Un médico que cura sabañones,
Un capitán jurista y sin calzones,
Una trapaza convertida en dita.

El Angel de ganados forasteros,
Fustes lampiños, botas en Verano;
De un, como estáis? menudos aguaceros.

Nuevas corriendo, embustes de Zambrano,
Gente zurda de espuelas y de guantes,
Aquesto es Guatavita, caminantes,

A UN SALTO POR DONDE SE DESPEÑA EL ARROLLO DE CHILLO

Corre arrogante arroyo
por entre peñas y riscos,
que, enjaezado de perlas,
es un potro cristalino.
Es el pelo de su cuerpo
de aljófár, tan claro y limpio,
que por cogerle los pelos,
le almohazan verdes mirtos.
Cíñele el pecho un pretal
de cascabeles tan ricos,
que si no son cisnes de oro,
son rruiseñores de vidrio.
Bátenle el ijar sudante
los acicates de espinos,
y es él tan arrebatado,
que da a cada paso brincos.
Danle sofrenadas peñas
para mitigar sus bríos,
y es hacer que labre espumas
de mil esponjosos grifos.
Estrellas suda de aljófár
en que se suda a sí mismo,
y atropellando sus olas,
da cristalinos relinchos.

Bufando cogollos de agua,
desbocado corre el río,
tan colérico que arroja
a los jinetes alisos.
Hace calle entre el espeso
vulgo de árboles vecino,
que irritan más sus varas
al caballo a precipicio.
Un corcovo dio soberbio,
y a estrellarse ciego vino,
en las crestas de un escollo,
gallo de montes altivo.
Dió con la frente en sus puntas,
y de ancas en un abismo,
vertiendo sesos de perlas,
por entre adelfas y pinos.
Escarmiento es de arroyuelos
que se alternan fugitivos,
porque así amansan las peñas
a los potros cristalinos.

FRANCISCO ANTONIO VELEZ
LADRON DE GUEVARA

**EL SALTO DEL
TEQUENDAMA**

Ver de Tequendama el Salto,
La curiosidad no admiro:
Pues es aquel bello monstruo;
Aquel sonoro prodigio,
Aquel Músico de la nieve,
Aquel dragón de granizo,
Que en su horrendo murmullo
Puso silencio del Nilo.
A las altas cataratas,
Y apaciguó sus bramidos.
Es aquel que despidiendo
Desde un alto precipicio
Sus aguas en algodones,
Sus cristales en rocíos,
Corre primero apacible
Sin estruendos, sin ruidos
Del campo de Bogotá
Por los amenos Elisios;

Mas después cuando su pompa
Halla montes que atrevidos
Quieren impedirle el paso
Ya con peñas, ya con riscos
Rompe con todo irritado
Y abriendo fácil camino
Muestra de su majestad
El mando y el poderío
Dando a entender que, si corre
Por la llanura benigno
Es porque no hay quien se oponga
A su imperio cristalino.
Pero ya que en Tequendama
Halla muros y obeliscos
Mira trincheras de cedros,
De Robles fuertes castillos,
Reprime un tanto sus aguas
Por hacer de ellas cuchillo,
Y soltando su represa
Con un horror vengativo
Rompe montes, barre piedras,
Dobla cedros, parte encinos,
y dejándose caer,
No dándose por vencido
Sí despreciando lo débil
Del sojuzgado enemigo,
se precipita en espumas,
Yendo de rabia encendido,
Y desprendido en aljófar
Desde tantos montes fríos,
Estrella su ardiente enojo
En los profundos abismos,
Revolviendo en densas nieblas
Sus aguas con su estallido;
Y por las tierras calientes
Vuelto serpiente de vidrio,
Prosigue serio y pomposo
Hasta que al Mágdalo unido
Corre con él a beber
Sal del golfo cristalino.

FRANCISCO ALVAREZ
DE VELASCO Y ZORRILLA

**VARIAS CALIDADES
Y EFECTOS DEL AMOR**

Si a Sansón sujetó del pelo Dálila,
Ejemplo sea a tu fuego hoy alegórico,
Apréndete en él, pues que te enseña histórico,
Es con amor, la mayor fuerza inválida.

Pasa con él la misma nieve a cálida,
A ciego el lince, a necio el categórico,
A simple el sabio, a mudo el más retórico,
Y hasta la libertad a enferma pálida.

Si ésta cobrar pretende tal vez crédula
Alguna letra a su poder magnífico,
En ofertas pagar hace su cédula.

Porque en todo es tan diestro, tan científico,
Que aun la misma razón no quiere, incrédula,
Que es tirano pensar, sino pacífico.

DE LOS QUE LLAMAMOS
BIENES DE ESTA VIDA,
NO HAY ALGUNO QUE
BIEN VISTO NO SEA FALSO

Si toda vida es una muerte viva,
La juventud aurora acelerada,
La salud una flor del cierzo ajada
Y el puesto, un puesto que en el aire estriba;

Si es la nobleza luz de perspectiva,
Si es la belleza rosa deshojada,
Si es el deleite una ilusión soñada,
Si es toda dicha sombra fugitiva;

Si es el aplauso un lisonjero engaño,
Si el séquito, el que al loco da el desprecio,
Si las riquezas un dinero a daño,

Salga desde hoy mi error del suyo necio,
Pues veo ya con la luz del desengaño
Que el humo al cobre le levanta el precio.

ANONIMOS

ROMANCE

Vi bajar una pastora
toda vestida de pieles,
para descansar se sienta
debajo de unos laureles.

Al pestañar de la aurora
y al abrir su luz el día,
cantando con voz sonora
por entre una serranía
vi bajar una pastora.

El ganado se le ahuyenta,
todo se le desparrama;
ella lo junta y lo cuenta,
y por estar fatigada
para descansar se sienta.

Allí saca unos papeles
que eran del bien de su vida
y dando suspiros crueles
se iba quedando dormida
debajo de sus laureles.

Entre lirios y claveles
era el sitio en que se hallaba.
No la pintaran pinceles
tan linda como ella estaba
toda vestida de pieles.

DESCRIPCION DEL RIO BOGOTA Y SALTO DE TEQUENDAMA

De las sierras cuya altura
corona risueña el alba,
de Bogotá las corrientes
forman un monte de escarcha.

Corre gigante la nieve
a buscar en Tequendama
el sepulcro que fabrican
dos peñas a su arrogancia.

Libre el campo se le ofrece
para que corran sus aguas,
mas como va despeñarse
va su orgullo haciendo pausa.

Sierpe de cristal, se ondea
y al entrar por la montaña

ve por los riscos las señas
del riesgo que le amenaza.

Los árboles, con las hojas
que despiden de sus ramas,
se embarcan a sus corrientes
en bajeles de esmeralda.

O como de sus exequias
la triste música cantan,
las aves que en sus orillas
son las ninfas de sus aguas.

Hasta las flores se quejan
de ver que se despedaza
la presea que tal vez
sirve de espejo a su gala.

Pero por ver la tragedia
que en el salto le amenaza,
hacen balcón de la peña
las aves, flores y plantas.

Prisionero de sí mismo,
entre las peñas se ataja,
y al vaivén de sus corrientes
cadenas de plata arrastra.

Al precipicio se acerca
tan altiva su arrogancia,
que chocando con un risco
un monte de espuma exhala.

Copo a copo se despeña
gimiendo al golpe sus aguas,
de ver transformado en niebla
el que fue sierpe de plata.

Pendiente queda del risco
para que diga la fama
que las dichas de un soberbio
se rematan en desgracia.